

Pedro Navarro, a quien se daba el mando de los españoles, y un Alberico Terracina. . . »

«Esta providencia escandalosa, imposible quizá de ejecutarse. . . , no se llevó a ejecución: o Fernando tuvo vergüenza de ella, o se apaciguó algún tanto con una carta que le escribió el Gran Capitán. . . » (Quintana: *Vidas de los españoles célebres*).

En lugar de esta carta a que se refiere Quintana y que ha conservado la Historia, nosotros, por medio de un artificio dramático y precipitando un poco los acontecimientos, hemos traído al Gran Capitán a los sótanos del Alcázar de Segovia, donde tiene su explicación con el Rey (Acto tercero, cuadro último).

Pero lo que nos importa retener de las citas que hemos aportado, es la designación que hace el Rey de Pedro Navarro para «prender, en Nápoles, al Gran Capitán y sucederle en el mando de las tropas españolas».

No es verosímil que hombre de tanta prudencia y malicia como Don Fernando de Aragón, comprometiese, en esta que llama Quintana providencia escandalosa, el logro de sus deseos y el éxito final, nombrando por ejecutor a quien no le hubiera dado seguras prendas de su despego y desamor a Gonzalo. La oscura historia íntima del capitán de zapadores toma, por esta simple designación del Rey, un sentido inequívoco a los ojos del lector atento.

Y menos mal si las cosas se hubieran llevado, a toda luz, por los trámites ordinarios de la jus-

ticia y de la ley. Pero se trata, según todos los indicios, de una conspiración secreta, mantenida encubierta para asegurar su éxito, que si por parte del Rey tiene su excusa en su ignorancia de los hechos y en su natural desconfianza, avivada por la campaña de difamación a que sistemáticamente se entregaron los detractores de Gonzalo, por parte de Pedro Navarro, que compartió con él azáres y laureles en la fraternidad de las campañas, que era festigo en Nápoles de la inquebrantable lealtad del Capitán Virrey y que pasaba por la injusticia del acto, aceptando hasta la complicidad de un Alberico Terracina, con tal de sucederle en el mando de las tropas españolas, no tiene justificación, ni excusa, ni atenuación posible. Aunque, de momento, la escandalosa providencia no llegara a ejecutarse, basta que el plan existiera para autorizarnos a inducir de este hecho, el temple de alma y el carácter que atribuimos a Navarro en nuestra leyenda.

Pero hay más. «El ánimo del Rey no se aquietaba, si no sacaba al Gran Capitán de Italia. . . ; le volvió a prometer el Maestrazgo de Santiago, luego que estuviese en España», dice Quintana en la obra antes citada.

Y en efecto; el Gran Capitán, cediendo a la presión y a los deseos regios, volvió obediente a España.

¿Quién le sucedió, en Nápoles, al frente de las tropas españolas? Pedro Navarro.

La repentina exaltación de este hombre a lugar de tal preeminencia, en momentos de tanto peligro

para España, cuando la liga de venecianos y pontificales que promovió Fernando para batir en Italia a franceses y tudescos, ponía en tanto aprieto el prestigio y autoridad de nuestro nombre en aquel reino, sólo podía justificarse y razonarse por la superior capacidad de Navarro, con respecto al Gran Capitán, demostrada y probada con hechos en el desarrollo de la futura campaña.

Veamos si fué así:

Dos momentos culminantes ofrece aquella recia y empeñada lucha de ambiciones y rivalidades: el cerco de Bolonia y la batalla de Ravena. ¿Cómo correspondió Pedro Navarro a la designación que de él hizo Fernando, para capitán de las tropas de la Liga? Haciéndose sorprender por los franceses que conducía Gastón de Foix en Bolonia, y contribuyendo al desastre de Ravena, cuya responsabilidad le alcanza de tal modo, que nunca más le volvió Fernando a su favor.

Consignemos un detalle característico: en el cerco de Bolonia, fué debido el desastre a la terca y petulante obstinación de Navarro, que todo quiso fiarlo al éxito de una de sus famosas minas. Para su realización dividió las fuerzas imprudentemente, y fallando la mina por circunstancias especiales, ni pudo verificarse el asalto por donde Navarro lo tenía dispuesto, ni el resto de las tropas, que debía cortar el paso a las francesas de auxilio, pudo realizar su cometido por estar mal apostado y porque de todas maneras habría sido insuficiente en número para contener su impulso.

Guicciardini, en la *Historia de Italia*, que puso

en español nuestro Rey Felipe IV, aporta minuciosamente todos los detalles de esta campaña, que brevemente dejamos resumida, y a su obra remitimos a nuestros lectores para su comprobación. Advertimos que se trata de la obra de un contemporáneo florentino, neutral, por consiguiente, en la contienda.

Pero no todo acaba aquí. «Pedro Navarro, a sueldo del Rey de Francia», dice Guicciardini en uno de los capítulos de su obra citada. Y en efecto; se trata de la traición final de Pedro Navarro, entrando a servicio del Rey Francés, después de la rota de Ravena, para combatir a los españoles, en el teatro mismo de sus antiguas glorias.

Veamos cómo nos da cuenta breve del hecho un francés, Michelet, en su obra la *La Renaissance*:

«En este momento nuestra joven infantería (la francesa) se estaba formando bajo la dirección de un hábil maestro, Pedro Navarro, que se había pasado al servicio de Francia. La ingrata y sordida avaricia de Fernando le habría dejado morir sin rescate en su cautividad de Ravena (!). Este hombre de genio, que tan bien conocía a las bandas españolas, supo encontrar montañeses firmes y vivos que oponerles, en nuestros vascos y en la vigorosa raza de nuestros hombres del Delfinado . . .

. . . «Pietro (Pedro Navarro), que era el inventor de las minas, nos abrió camino (por los Alpes) haciendo saltar, a fuerza de pólvora, bloques gigantescos . . . »

Y no se cansa de alabar y mimar a su Pietro el escritor francés. Pretende justificar su traición en el abandono y despego del rey D. Fernando, que habiéndole colmado hasta Ravena, [de honores desproporcionados al mérito de sus servicios, pareció desengañarse y apartarse de él después de la derrota. No tratemos de paliar siquiera el desamor del Rey. Pero recordemos que por aquellos mismos días Gonzalo de Córdoba, el héroe de Ceriñola y Garellano, el pacificador de Nápoles, el brazo del Rey en la Alpujarra, el general sin derrotas y el vasallo leal, languidecía oscuro en su agujero de las Alpujarras (Loja), atento al cultivo de sus tierras y a remediar la situación de judíos y moriscos, porque su Rey, que no encontraba digno galardón a sus servicios inmensos, tomó la resolución de olvidarlos para cancelar la deuda que no podía pagar. Y comparemos conducta y conducta.

Dice el ya citado Quintana: «... la batalla de Ravena, en que los franceses derrotaron el ejército de la Liga...», mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del ejército, todos clamaban por el Gran Capitán, y ahogando la necesidad entonces todas las sospechas, recibió la orden y poderes plenos para pasar con tropas a Italia. Aprestóse en Málaga la armada que había de conducirle, y toda la nobleza española voló a Andalucía a alistarse en sus banderas y a entrar con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfía y

la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componían la infantería y la guarda del Rey se iban sin su licencia para el Gran Capitán... Gonzalo, con su generosidad y afabilidad natural, los recibía, y con celeridad increíble corría de unos pueblos a otros apresurando los preparativos de la expedición y aprestando la partida.

»Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró más que un momento. A la primera noticia que el Rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose y de que los franceses no habían sabido sacar partido de aquella gran victoria, dió las órdenes para que se deshiciera el armamento y para que el Gran Capitán sobreseyese en su partida... Y aquel héroe, que adversidad ninguna ningún trabajo pudo contristar, se vió vencido por este contratiempo, y apenas pudo disimular en el semblante el negro luto de que su corazón estaba vestido...

»Convocó a las tropas; las animó a la alegría por la mejora que habían tenido los negocios públicos, les prometió recomendar al Rey su buena voluntad y los sacrificios que habían hecho en aquella ocasión, y les pidió que esperasen tres días para hacerles alguna demostración de su agradecimiento por el celo con que le habían querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera en dinero, joyas y vestidos hasta cantidad de 100.000 ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del ejército. Representábale un doméstico suyo la exorbitancia de aquella liberalidad y el empeño en

que se metía por ella. — «Dadlo, contestaba él, que nunca se goza más de la hacienda que cuando se reparte.»

Esta fué la conducta de Gonzalo, pagando de su persona y bienes la ingratitud del Rey, después de Ravena; precisamente cuando Pedro Navarro, en quien estaba la responsabilidad de la derrota, por unos pocos bienes, se vengaba del olvido regio, poniendo su persona y artes al servicio del francés, nuestro enemigo.

Que los elogios interesados de nuestros vecinos decoren su memoria.

Por nuestra parte, ni se nos ocurre más epitafio, ni llevaremos el vituperio más allá de las palabras que ponemos en boca de Isabel, en el tercer cuadro del último acto:

¿Vendióse a Francia? Su castigo sea
no morir español; y es hartó y basta.

* * *

No es necesario hacer constar que para ajustarnos a la celeridad del movimiento que es ley de la dramática, todos estos sucesos aparecen abreviados y en síntesis anacrónica, para hacerles entrar en el cuadro de nuestra leyenda. La virtualidad y substancia de la actuación de Pedro Navarro están íntimamente de acuerdo con los testimonios de la Historia. La única licencia que nos permitimos se refiere al tiempo, y es procedi-

miento que ya hemos empleado en obras anteriores. (Todo el desarrollo de *En Flandes se ha puesto el sol* descansa en esa base. Lo mismo debe entenderse de algunos episodios de *Por los pecados del Rey* y del último acto de *Las flores de Aragón*).

OBRAS DEL AUTOR

VERSOS

Odas (agotada).

Églogas.

Las vendimias (poema geórgico).

Elegías (segunda edición).

Vendimión (poema).

Canciones del momento.

Juglarías.

Tierras de España.

TEATRO

El pastor (poema dramático).

Benvenuto Cellini (biografía dramática).

Las Hijas del Cid (Premio de la Real Academia Española - segunda edición).

Doña María la Brava (Romancero dramático segunda edición).

En Flandes se ha puesto el sol (Premio de la Real Academia Española - cuarta edición).

La Alcaldesa de Pastrana (Primera parte de la Trilogía «Teresa de Jesús»).

Cuando florezcan los rosales (comedia sentimental, en tres actos, en prosa).

Por los pecados del Rey (drama en tres actos, en verso).

La Hiedra (tragedia vulgar, en tres actos, en prosa).

El retablo de Agrellano (drama religioso-fantástico).

Las flores de Aragón (comedia histórica, en verso).

NOVELA

Las almas anónimas.

TRADUCCIONES

«Las Flores del Mal», de Ch. Baudelaire (segunda edición).

Obras completas de *Guerra Junqueiro* (5 tomos).

P
A
C